

IV.

ACABA ESTA MATERIA.

Nótese mucho que el Cardenal Colona, tantas veces citado, predicador de la oración fúnebre en las exequias solemnísimas del Rey de España, celebradas por orden del Papa en la Capilla Sixtina, comenzaba su discurso muy elocuente con las palabras del Pontífice de Roma, diciendo de esta manera: «Si alguna vez fué concedido á los mortales motivo de dolor, debió ser, sin duda, en el día de la muerte del Rey español D. Felipe II. Si lágrimas justificadas pudieron derramar en algún tiempo los ojos de los hombres, muy justas habrán de ser las derramadas llorando al Rey justísimo. Y si en alguna ocasión tuvieron motivos los hombres para celebrar exequias en medio de amarguras, tristeza y lamentación, sin duda hubo de suceder esto á todos en la muerte del Rey que no tuvo semejante. Con razón se acrecienta nuestro dolor en la muerte de Felipe, porque no parece sino que con su partida de este mundo desaparecieron las grandes y regias virtudes»¹. De suerte que, en

¹ «Si iure umquam fuit mortalibus tributus dolor, merito Philippi Secundi Hispaniarum regis catholici funeri tribuendus; si iustae umquam virorum oculis lachrymae, iustissimae dum iusta iustissimo Regi persolvuntur: si moerore, luctu, lamentatione umquam mortalibus fuit in hac vita parentandum, id in unius regis morte nunc contiget universis. Merito Philippi morte, quo defuncto omnes nobis videmus regias ereptas virtutes noster augetur moeror.» Ascani S. R. E. Dic. Cardinal. *Oratio*.

Sin duda fueron grandes y regias las virtudes de aquel Monarca quien «desde que entró á reynar embió escuadras de religiosos á la conversión y enseñanza de los indios con sus armadas y armas guardadas, abriendo con ellas el camino para plantar con seguridad el Evangelio en los indios, cerriles y bárbaros, aprovándolo sus insolencias y crueldades, derribando (ya convertidos) los templos, matando los sacerdotes y comiendolos como perros y caymanes de su tierra. Los émulos y herejes no quieren confesar ser esta la causa, disminuyendo

en cierta manera, los elogios justos y debidos que consagra aquel purpurado romano á la memoria de D. Felipe II, vienen á ser como el eco mismo de los que el Papa Clemente VIII le había tributado en consistorio particular. Ofrécense al propio tiempo á nuestros ojos las palabras tan autorizadas del Cardenal Ascanio, confirmadas y como sancionadas por las susodichas loas del Papa Clemente. Porque los conceptos, y hasta la forma, del Sumo Pontífice y del Cardenal tienen muy notable semejanza. Y es claro; porque si Ascanio Colonna declaró que, muerto D. Felipe II, tiene el orbe entero motivo para llorar, el Papa Clemente VIII afirmó asimismo en público que los tiene también muy grandes, por causa de tal suceso, la Iglesia Católica, extendida y dilatada por todo el mundo. De modo que á la predicación elocuentísima del Papa Clemente en pró de las virtudes y cualidades muy altas del Rey español, se ha de añadir la que se contiene en la oración fúnebre escrita con gran belleza y perfección por el susodicho Cardenal¹.

la gloria y merecimiento desta grandeza, sino el cebo del oro, no considerando que quando fueron á descubrir las hindias los españoles ofrecidos á peligros y muerte, no se sabía su riqueza; y hallada, cumpliendo con el intento de propagar la fe, no gozarla fuera ignorancia...» Vander Hammen: lib. cit., fól. 127.

¹ Parece increíble que la pasión de secta y de partido escriba en estos mismos años que vamos corriendo, y á pesar de cuanto queda dicho, lo siguiente sobre Felipe II: «Todavía, muriéndose á pedazos en su infecto lecho, hubiera inspirado á su Santa Inquisición, contado las vueltas de cuerda, designado ciudades que despoblar... la conciencia del moribundo se estremece bajo el peso de muy diferentes remordimientos: ve las inmundicias de su mocedad, sus condescendencias con los Ebolis, su cruel envidia contra D. Juan de Austria, los cristianos degollados por su culpa en Túnez, el asesinato de Escobedo.... por estos pecados es un réprobo, su vida es maldita, y le espera condenación eterna.» Así escribe, ó mejor, *así pinta*, porque pintura es, y no realidad, la muerte del Rey Prudente, el francés Mr. Forneron, á quien por cierto creyó merecedor de que su obra se leyese en castellano D. Cecilio Navarro, su traductor, quizá en premio de haber calificado de gente embrutecida á los españoles del siglo XVI. «Bien que Felipe II aparezca como un obstáculo en la marcha de la civilización y como un azote para España, los españoles guardan un verdadero culto á su memoria, y se explica fácilmente. ... un pueblo que se apega al hombre que lo em-

No es mucho, por tanto, que los historiadores contemporáneos paren mientes en los conceptos de entrambos personajes sacando de ellos las consecuencias que naturalmente fluyen, para encomiar la piedad, justicia y limpieza de aquel Monarca. Por lo cual, el P. Santos, cronista y muy notable escritor de la Orden de San Jerónimo, estampó en sus obras lo que sigue: «Solo diré yo que caminando por su dichosa muerte al Cielo á los 72 años de su edad y cuarenta y dos de su reinado, dexó al Mundo lleno de su nombre y fama; prosperadas sus coronas en la Santidad y gobierno, aumentadas con el Reyno de Portugal, y Islas Filipinas que se apellidaron así de su nombre; amparadas las religiones, especialmente la nuestra; honradas las letras y favorecidas las armas, mostrándose en todo verdadero padre de la virtud y del valor, en quien tuvieron su mayor lucimiento la Iusticia, la Constancia, la Prudencia, la Piedad, la Religion y otras muchas prendas reales: joyas con que enriqueció su Corona, y las cuales fueron tantas, que solo en Príncipes santos se vieron como en él juntas»¹. Tal nos dicen los historiadores de aquellos tiempos, cuando aún sentía la nación española el calor y la influencia benéfica que le había comunicado el Rey Felipe II. Los protestantes que vivieron después, mancillaron sobre manera la gran figura del Monarca español; pero muchos de ellos, guiados hoy de buen criterio, no han dejado de hacer justicia á D. Felipe. Y así el escritor heterodoxo Watson en su Historia del Reinado de nuestro Monarca, después de maltratarle por todos los caminos, no ha podido menos de confesar que el hijo de Carlos V fué sobera-

brutece, y hasta puede decirse que no sufre los excesos de un amo sino cuando está maduro por sus instintos para el despotismo.» *Hist. de Felipe II*, por Forneron, versión de Barcelona, cap. IX, páginas 447 y 449.

¹ Aquí escribe el ilustrado cenobita escurialense, las palabras del Sumo Pontífice en elogio del Rey, y añade: «Cosas todas bien dignas de repetirse y notarse, por estar autorizadas con el sentir de un tan gran Pontífice, y reducirse á ellas quanto han dicho y pueden decir los cronistas de este Prudentísimo Rey. Durmió en el Señor á los 13 de Setiembre de este año 1598.» P. Santos: cuarta parte de la *Crónica Jeronimiana* del P. Sigüenza: lib. I, cap. XV, pág. 65 y 66.

no de mucho ingenio y sabiduría en el arte de gobernar; activo y vigilante en su vida. Añade que tenía los ojos puestos constantemente sobre todos los puntos de sus vastos estados¹. Así mismo enseña que conocía bien todos los ramos del gobierno sin descuidar con vigilancia infatigable la conducta y manera de proceder de sus ministros. Y en la elección de ellos y de los generales, anduvo con mucho tiento y cuidado. Apunta más aún este historiador protestante, conviene á saber: que Felipe II era de rostro grave, mostraba tranquilidad en sus acciones. Jamás se presentaba dando señales de vanidad, ni tampoco de humillación, ni apocamiento. Era severo en sus miradas, mostrando con ello que conocía bien la dignidad y autoridad suprema del reino que llevaba sobre los hombros. Mas nada de esto impedía al Monarca tener las puertas de su alcázar y cámara abiertas, por donde pudiesen entrar sus vasallos á pedirle justicia, á declararle sus quejas ó representarle sus demandas. A todos ellos oía con paciencia sorprendente D. Felipe. Y siempre que procedía, no dejaba de satisfacer sus deseos².

¹ «Los echos que en su istoria emos manifestado no nos permiten dudar de su gran penetracion, de su gran capacidad en el arte de gobernar, ni de su actibidad y vigilanzia. Sus ojos estaban continuamente abiertos sobre todas las partes de su basta monarquia.» *Hist. del Reinado de Felipe II*: tom. II, pág. 432. Madrid, 1822. En cambio el francés Forneron dice: que «Carecia de toda idea de aprovechamiento del tiempo: ni poseía la ciencia de los esfuerzos rápidos, ni el arte de adaptar su voluntad á los variables acontecimientos:» ó lo que es igual, que era un rey simple: de donde se colige bien que los enemigos de Felipe II andan fuera de verdad y de razón, porque ni se entienden ellos mismos, ni convienen cuando juzgan al Monarca español. Forneron: cap. IX, pág. 447.

² «Ningun ramo del gobierno le era desconocido: belaba sobre la conducta de sus ministros con infatigable atenzion. Siempre mostró mucha sagacidad, en la eleczion que de ellos azia, asi como en la de generales: su aspecto era grabe, aire tranquilo; sin que nunca pareziese envanezido ni umillado: su mirar era sebero; sin embargo, á sus basallos españoles siempre daba fazil acceso: oia con pazienza sus representaciones y sus quejas, y les azia ordinariamente justizia (aquí se arrepiente) cuando su ambizion ó su creenzia no le forzaban á ser injusto.» Watson: tom. II, págs. antes citadas.

Estas confesiones del sectario protestante Watson aparecen confir-

He querido traer á este lugar los testimonios de los enemigos del Rey Prudente ahora mismo alegados, para que se vea mejor cuanto distan, y no, de la manera con que el Papa, los Cardenales y demás autoridades que se estan citando, juzgaron al gran Rey símbolo de nuestras más gloriosas tradiciones. Además: como después de escribir los autores disidentes muchas narraciones falsas y calumniosas á la memoria de Felipe II, no se compadecen los juicios de los unos con los juicios de los otros, sin que falten algunos entre ellos que más ó menos han seguido en esto las vías de la verdad; pero es lo cierto, que para idea más acertada sobre este punto, no hay remedio mejor que oír hablar á S. M. en los documentos originales, que de su mano se van descubriendo. Los cuales, repito, por más que no tengan valor principal para el conocimiento de la historia patria; pero sí lo ostentan grandísimo para mostrarnos cuál fué su autor en carácter y ser natural. Hé aquí uno de ellos encontrado en los Archivos del Cabildo de Toledo:

«El Rey. Venerables Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Toledo, bien sabeis que nuestro muy Santo Padre Sixto (V) con desseo y affecto piadoso y como padre y pastor unibersal de la iglesia catholica y viéndola tan infestada y afligida de inieles y ereges, y mi patrimonio real tan gastado y consumido con los grandes y excesivos gastos que habemos hecho y hacemos en la defensa comun de toda la christiandad y para que la podamos proseguir nos ha concedido y de nuevo prorogado la bulla de la Santa Cruzada por seis años, que el primero fue este presente de 1590 para que en cada uno dellos se predique y publique en estos nuestros reinos y señoríos de España y sus islas adyacentes conforme á lo cual se ha de predicar y publicar el año venidero de 1591 para que lo que de ella procediere sea y

madras por las enseñanzas de los historiadores católicos de aquellos siglos; quienes hablando de las misiones mandadas á las Indias por Felipe II, dicen: «El fruto que con ellas se ha conseguido ha sido para Dios muy grande, alargándose á tanto la providencia de D. Felipe en el Oriente, que aviendo sabido se vendieron en cinco años de hambre por esclavos muchos indios gentiles para comer, mandó que los que se bautizasen fuessen libres en fraude del acreedor...» Vander Hammen: obra cit. fól. 127.

sirva para ayuda á los dichos gastos como lo entenderéis más particularmente por la instruccion y despachos que para ello á dado el comisario general de la dicha Santa Cruzada, por ende yo os encargo y mando salgais á rescibir la dicha santa bulla con el acatamiento, solemnidad y veneración que habeis acostumbrado en otras cruzadas, y cuanto mejor pudiéredes y deis al thesorero administradores y á los otros oficiales y ministros que en ello entendieren todo el favor y ayuda para que libremente puedan exercer sus cargos como siempre lo aveis hecho y beis que conbiene, y hagais cerca dello lo que el dicho comisario general os escribe, que en ello placer y servicio rescibiremos, dada en san lorenzo el real á 19 de Octubre de 1590 años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Juan Lopez de Velasco»¹.

Bien de bulto se ve en el anterior documento la idea que siempre dominaba el ánimo de D. Felipe II, conviene á saber: el debelar las fortalezas y el imperio de herejes y gentiles; confundir y refrenar la osadía de los errores que tenían oscurecidas y harto revueltas en desórdenes y sangre á las naciones del Norte de Europa, y en suma, procurar por todas las vías la independencia santa de las naciones cristianas, la gloria de Dios y la salvación temporal y eterna de sus vasallos. No con otro fin, ni por otros miramientos, concedían los romanos Pontífices al gran Felipe los productos de la Bula de Cruzada, mostrando además en ello que conceptuaban realmente al Monarca español como el mejor apoyo de la Santa Sede y de la Iglesia universal. Conservando cada uno la propia sindéresis, verá al instante que Felipe II en el mandamiento dicho al Cabildo de Toledo, procede no regalísticamente, sinó fundado en las órdenes y autoridad del Comisario general que les envía como para probar su buen derecho á todo cuanto les encarga y manda en el sobredicho documento².

¹ Archivo particular del Cabildo de Toledo: lib de actas capitulares, correspondiente al año dicho.

² Mucho se ha declamado contra las expresiones *yo os encargo y mando* que usaron en cédulas y cartas especiales los Monarcas de los siglos pasados, y particularmente D. Felipe II y el Emperador su padre,

Arriba leimos cómo el mismo Watson, enemigo apasionado de nuestro Monarca, no pudo menos de escribir y declarar que los sentimientos religiosos de D. Felipe eran verdaderos, llenos de buena fe y grande sinceridad. Todo lo cual no impide que este protestante y sectario historiador apellide, siempre que le conviene, hipócrita y ambicioso al Rey Prudente español ¹.

«donde no parecen suplicar, si no que mandan.» Pero en primer lugar no son el Emperador ni su hijo los autores de tales frases ya corrientes y consagradas en públicos documentos cuando ellos las pusieron en uso y práctica, como sus predecesores, sin protesta de nadie; y en segundo término se ha de considerar que Felipe II muchas veces *mandaba* porque podía y debía; puesto que obraba como comisionado y en modo particular deputado por la S. Sede, como cuando dió su real cédula de admisión, ejecución y obediencia al Concilio de Trento en sus Estados, ó, como al escribir y *mandar* al Cabildo Primado y á los demás en nombre y con facultades del Comisario General de la Bula de la S. Cruzada. Pero de ello se hablará en otro capítulo de esta obra.

¹ Atrás se vió á Watson confesando que cuanto hizo en aquel tiempo (el Rey) probó sus verdaderos y sinceros sentimientos de religión. La exactitud y aún el celo con que guardó lo prescrito por la Iglesia romana, para ser bien recibidos de Dios en la otra vida, sin dejar ninguna duda de la íntima persuasión en que estaba de su eficacia.» Watson: tom. II, pág. 431. Pues bien; este mismo autor, como si estuviera loco, dos páginas después, dice en la dicha obra (pág. 433), de Felipe II, que «bioló las más sagradas obligaciones cuantas veces la religion le suministró pretextos, y bajo estos pretextos ejerció por muchos años sin repugnancia ni remordimientos las mayores crueldades: implacable en sus odios: cruel en sus venganzas, y su despotismo animado de un mal entendido celo de religion le hacia sordo á toda especie de representaciones.» Tales y tan grandes contradicciones inspiran y aconsejan la pasión y la ignorancia á los enemigos fieros y mansos del Monarca Prudente.



CAPITULO VI.

I.

SAN CARLOS BORROMEYO Y EL REY PRUDENTE.

Las relaciones santas y amistosas que tuvieron lugar entre D. Felipe II, San Ignacio de Loyola, nuestra mística Doctora Santa Teresa de Jesús, algunos Romanos Pontífices y otros varones insignes se escribieron ya más ó menos minuciosamente en la NUEVA LUZ ¹. Mas, otras que no se incluyeron allí por causa de brevedad y volumen, pueden caber ahora en este lugar, y de seguro con gusto y aplauso de los lectores amantes de la historia, que deleita y aprovecha, todo á un tiempo. Si quisiéramos dar asenso á quienes inquirieron con empeño y diligencia sobre el origen de la familia de los Borromeos, sería menester remontarse nada menos que hasta Vitaliano de Padua, bautizado por S. Prosdósimo, discípulo de San Pedro y Obispo de aquella ciudad. Y quien intentara conocer algo de la etimología del nombre habría de recordar que Juan, descendiente de Vitaliano, enviado á pelear por Justiniano Emperador, contra Witiges y Totila, se distinguió tanto en sus empresas, que los *Quirites* ó caballeros romanos le apellidaron *el buen romano*, *bonus romanus*, de donde más tarde, y abreviando, se convirtió tal sobrenombre en *Bonrromeo*, y al

¹ NUEVA LUZ: parte primera, caps. VII, VIII y IX: Madrid, 1882.